



Lecturas de Economía  
ISSN: 0120-2596  
lecturas@udea.edu.co  
Universidad de Antioquia  
Colombia

Gómez, Diego; Vélez, Luis Guillermo  
Economistas en deuda o la deuda de los economistas  
Lecturas de Economía, núm. 61, julio-diciembre, 2004, pp. 131-148  
Universidad de Antioquia  
.png, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=155217794007>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica  
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal  
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

# Lecturas de Economía

Departamento de Economía, Centro de Investigaciones Económicas —CIE—  
Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Antioquia

---

Medellín, No. 61, julio-diciembre 2004

## Debate Economistas en deuda o la deuda de los economistas

Diego Gómez  
Luis Guillermo Vélez

*Debate*

***Economistas en deuda o la deuda de los economistas***

*Diego Gómez y Luis Guillermo Vélez*

*Lecturas de Economía*, 61 (julio-diciembre 2004), pp. 131-148

**Resumen:** *Los grandes problemas económicos y sociales de las sociedades contemporáneas, ha suscitado en los últimos años importantes reflexiones críticas sobre el papel de la teoría económica y la profesión del economista. Tal es el caso del debate suscitado en Francia en torno a la enseñanza de la Economía, con el manifiesto del Mouvement des étudiants pour la réforme de l'économie, que provocó respuestas inmediatas de todas las vertientes de la disciplina, no solo en dicho país sino en muchos lugares del mundo. En esta perspectiva, el texto de Diego Gómez expone varios puntos críticos sobre el quehacer de la Economía y los economistas, especialmente los colombianos; su análisis es examinado, desde otra óptica, por Luis Guillermo Vélez.*

*Palabras clave: rol de la Economía, rol de los economistas, relacion de la economía con los valores sociales. Clasificación JEL: A11, A13*

**Abstract:** *The great economic and social problems of contemporary societies, have provoked in recent years important critic reflections on the role of the economic theory and the profession of the economist. Such is the case of the debate provoked in France regarding Economy teaching, with the manifesto Mouvement des étudiants pour la réforme de l'économie that caused immediate answers coming from the different areas of the discipline, not only in France but in many places of the world. With this perspective in mind, Diego Gomez exposes in his text various important points on the task of the Economy and the economists, specially the Colombians; their analysis is examined from a different point of view, by Luis Guillermo Vélez.*

**Key words:** *role of economics, role of economist, relation of economics to social values. JEL: A11, A13*

**Résumé :** *Les grands problèmes économiques et sociaux des sociétés contemporaines, ont provoqué ces dernières années des réflexions importantes de critique sur le rôle de la théorie économique et la profession de l'économiste. Tel est le cas du débat suscité en France concernant l'enseignement d'économie, avec le manifeste Mouvement des étudiants pour la réforme de l'économie qui a provoqué des réponses immédiates de tous les domaines de la discipline, non seulement en France mais dans beaucoup de lieux du monde. Dans cette perspective, le texte de Diego Gómez expose plusieurs points critiques sur le travail de l'Économie et les économistes, particulièrement les Colombiens ; son analyse est examinée d'un point de vue différent, par Luis Guillermo Vélez*

**Mots Clés:** *rôle des sciences économiques, rôle d'économiste, relation des sciences économiques aux valeurs sociales.*

## Debate

# Economistas en deuda o la deuda de los economistas

Diego Gómez\* y Luis Guillermo Vélez\*\*

**-I. Economistas en deuda (Diego Gómez). - II. La deuda de los economistas: ¿con quién y por cuánto? (Luis Guillermo Vélez)**

*Primera versión recibida en octubre de 2004; versión final aceptada en noviembre de 2004 (eds.)*

### I. Economistas en deuda

Diego Gómez

Si se evaluara el desempeño de una profesión en un país por los resultados que éste muestra en un periodo, sin duda los economistas no quedamos muy bien calificados con lo ocurrido entre 1990 y 2004.

Si nos referimos a los llamados economistas neoliberales, muy seguramente harían el ridículo en la comunidad internacional de su corriente: en catorce años de supuesto manejo ortodoxo y dentro de la agenda del Consenso de Washington, se disparó el déficit, la deuda y el tamaño del Estado. En términos reales tampoco se avanzó lo debido en privatizaciones. Empresas clave como Telecom han perdido su valor y hoy solo serían vendidas por una fracción de la obtenida hace diez años. El grado de internacionalización de la economía es muy bajo y tampoco se logró mayor transparencia, estabilidad y seguridad jurídica. Lo único que se hizo en algún grado fue permitir la importación de bienes y reducir sus aranceles.

---

\* Diego Fernando Gómez Sanchez: Director del Centro de Estudios en Economía Sistémica—Ecsim—. Dirección postal: Carrera 48, No. 12 sur- 148, of.107. Medellín, Colombia. Dirección electrónica: ecsim@epm.net.co. Luis Guillermo Vélez Álvarez: Director de Regulación Económica. Empresas Públicas de Medellín. Medellín, Colombia.

Los conceptos aquí expresados no comprometen a Empresas Públicas de Medellín.

Los economistas postcepalinos, keynesianos o socialdemócratas, tampoco pueden decir que salen bien librados. Si su propuesta es más gasto social, difícilmente se podría haber tenido más del que se ha aplicado en estos quince años, sin que eso se haya traducido en una mejora real del país. En realidad hemos tenido es un crecimiento del Estado y de sus políticas de asistencialismo bajo un discurso de supuesto neoliberalismo. Además, en el gobierno de Ernesto Samper los más destacados exponentes de esta corriente estuvieron en los cargos clave de decisión. ¿Qué proponen que no hayan podido hacer en ese periodo? No es muy fácil entender qué es lo que buscan hacer proponiendo más gasto social sin definir la manera como lo podrían financiar.

Los economistas en Colombia terminamos por convertirnos en macroeconomistas, keynesianos o neoclásicos, pero macroeconomistas. A los que nos quedó grande la crisis del 98 y sobre la cual guardamos un silencio cómplice sin explicarnos qué fue lo que realmente ocurrió. Grandes campos de estudio de la economía están insuficientemente trabajados. Sobre teoría de la firma, estructuras de mercado, inserción en mercados internacionales, institucionalismo o evolucionismo es poco lo que se enseña y se investiga.

La escasa discusión y propuesta sobre el problema de desarrollo es una delicada evidencia de la enajenación de nuestros economistas que parecieran estar atrapados y obnubilados por los modelos econométricos y el modelamiento matemático neoclásico. Nuestro gran problema: la pobreza y el subdesarrollo, lo hemos dejado a los economistas del primer mundo y a lo que el tiempo nos depare.

Lo más delicado de todo es la ausencia de propuestas que se tiene sobre el futuro del país. La discusión se centra en los temas fiscales, monetarios y sobre la evolución de indicadores clave como el PIB, empleo y balanza de pagos. Pero poco se propone como camino para la construcción de una mejor sociedad.

Lo irónico es que no es por falta de preparación académica. Un estudio de Marco Palacio muestra que los economistas es uno de los grupos profesionales con mayor número de doctores en el país, más de trescientos. Pero a la vez, bastante pobres en calificaciones de excelencia en la convocatoria de grupos de investigación en Colciencias.

Pero la crisis no es solo de los economistas en Colombia, la situación es bastante similar en Latinoamérica y a nivel mundial, la ciencia económica atraviesa una profunda crisis en su paradigma científico. A eso nos referiremos en el próximo artículo.

Los macroeconomistas están atrapados en su manejo de los agregados y son incapaces de observar y comprender las dinámicas reales de los agentes, entre las que están las que podrían explicar los procesos de desarrollo.

La verdad es que hay dos tipos de macroeconomistas, los legistas y los intensivistas. Los legistas juiciosamente nos explican lo que irremediablemente ya pasó. Fundamentan su trabajo en modelos econométricos y analizan series históricas. Suelen sorprendernos con trabajos como uno presentado en Paipa hace unos años en el que se concluía: "los niños bien alimentados son más inteligentes", o con sentencias como: "empíricamente se valida que a mayor inversión mayor empleo".

El segundo grupo, los intensivistas, se dedican a la crisis y pareciera dependerían de ella, por eso solo atinan a resolverla momentáneamente. Se ocupan de hacer análisis de coyuntura fundamentados en modelos de equilibrio general para sugerir políticas casi todas ellas de corto plazo. En el país hay al menos veinte grupos o centros elaborando este tipo de trabajos. Pero la realidad de unos y otros, legistas e intensivistas, es poco los que nos dicen de cómo transformarnos como sociedad y salir de la inequidad y el subdesarrollo.

Jesús Antonio Bejarano en una conferencia dictada en 1996 ante el Congreso Nacional de Estudiantes de Economía, refiriéndose a los campos de aplicación de la economía y a la pobre vida que llevan la mayoría de los economistas, decía: "Lo que ha venido ocurriendo desde los años setenta es que ese panorama—el programa walrasiano, el consenso macroeconómico y la confianza en la política macroeconómica—ha venido haciendo agua y, en consecuencia el programa intelectual de la economía se ha ido abajo sin que sepamos muy bien dónde estamos apuntando".

La economía convencional no resiste "la pregunta poperiana", esa que interroga sobre la validez del supuesto o hipótesis fundante de la disciplina. En este caso la pregunta sería: ¿Existe el equilibrio general? Es decir, ¿la productividad de los productores y la utilidad de los consumidores son decrecientes a escala? ¿Realmente los mercados se vacían instantáneamente a un precio determinado?

Para no ponernos a desplegar cincuenta páginas de citas de los últimos cincuenta años que descalifican e invalidan la hipótesis del equilibrio general y los rendimientos decrecientes, solo nos referiremos a un autor, profesor en Harvard y de todo el corazón del "main stream", Xavier Sala-i-Martin. Sostiene que los modelos de rendimientos decrecientes no pueden explicar las sendas de desarrollo, para hacerlo se tendrían que abandonar las hipótesis del equilibrio general. Y reconoce que los trabajos de Charles Jones de la Universidad de California

establecen que los modelos de endógenos de equilibrio general no tienen validación empírica.

Lo que sorprende es que a los economistas convencionales no les importa y siguen con sus mismos modelos. Para quienes además de "deformación" económica tenemos formación a nivel de doctorado en otra ciencia y nos han enseñado del rigor científico, nos sorprende que en las facultades de economía se siga enseñando y aplicando algo que se ha comprobado inválido.

La economía es una de las disciplinas más atrasadas en la incorporación del pensamiento sistémico en su paradigma científico. La física lo hizo hace ya cien años y en pleno siglo veintiuno la economía sigue con la matemática y los esquemas del mundo newtoniano. Sobre los efectos de este artículo podemos tener la total tranquilidad de que no pasará nada. Los macroeconomistas son arrogantes a tal grado que derivan en autismo.

*Publicado por primera vez en El colombiano. Opinión. Medellín, agosto 30 y septiembre 6 de 2004.*

## II. La deuda de los economistas: ¿con quién y por cuánto?

Luis Guillermo Vélez

*Llevo muchos años trabajando  
como profesora de economía teórica.  
Quisiera creer que me gano honradamente la vida,  
pero con frecuencia me asaltan dudas.*

Joan Robinson

El artículo de Diego Fernando Gómez, "Economistas en deuda", trajo a mi memoria esa cita, almacenada desde mis años de profesor de economía en las profundidades del disco duro. En el texto del cual la extraje, "La enseñanza de la economía", la profesora Robinson pone en duda la relevancia de la teoría económica convencional para ayudar a resolver los problemas de crecimiento y pobreza de los países en desarrollo. Como Diego Fernando, se va lanza en ristre contra la validez de las teorías y modelos de estirpe neoclásica que, a su entender, con sus supuestos e hipótesis simplificadoras suprimen justamente los problemas que se trata de explicar.

Existe una especie de malestar con la disciplina que les tocó en suerte ejercer que es muy frecuente entre todos los economistas profesionales. Imagino que algo

similar ocurre en otras profesiones, pero carezco de la información necesaria para describir la forma en que en ellas se manifiesta. Sin que tenga, por supuesto, la trascendencia existencial que le da Camus en el Mito de Sísifo, es una suerte de conciencia de lo absurdo que nos asalta súbitamente en medio de la lectura o la redacción de un artículo, del examen de una tabla estadística o del esfuerzo por entender el sentido de una ecuación o una gráfica. Es una especie de desazón con lo que se hace, con lo que se escribe, con lo que se lee, con lo que se dice, en fin, con todo lo que tenga relación con esa m... de la economía; que pareciera servir para un carajo a la hora de entender algo—menos aún incidir—sobre esa cosa compleja que se llama realidad. En la mayoría de los casos el malestar pasa tan súbitamente como llegó, después de un tinto y un cigarrillo. En ocasiones se queda durante largo tiempo y sus consecuencias pueden ser maravillosas o nefastas.

Lo padecen desde los economistas más encopetados, entregados a las complejidades de la alta teoría, hasta los sumidos en el ejercicio más práctico y terrenal de la profesión, muchos de los cuales se pasan la vida sin entender la utilidad práctica de los refinamientos del análisis económico y terminan refugiándose en otros saberes supuestamente más próximos de la realidad. Lo padecen los más ortodoxos que, en contra de creer de la opinión desinformada, suelen tener plena conciencia de las debilidades de las teorías con las que trabajan y de la magnitud de los problemas que falta por resolver. Lo padecen, por supuesto, los heterodoxos que permanecen en la disciplina, cuyas críticas fundamentadas han sido con frecuencia el acicate de avance teóricos o aplicados, y también aquellos que, a semejanza de los tuberculosos de la Montaña Mágica, son incapaces de impedir que el malestar se les convierta en una forma de vida y—huyendo aterrorizados del postulado de racionalidad—terminan extraviados por los senderos de la filosofía, la antropología, la sociología o el psicoanálisis, donde al parecer no se necesitan zapatos.

Mi primer encuentro con el malestar lo tuve hacia la mitad de mis estudios de pregrado, en la querida Facultad de Economía de la Universidad de Antioquia. Por alguna circunstancia del azar llegó a mis manos un artículo con el sugestivo título de "Las cajas vacías económicas", escrito de J. H. Clapham, profesor de la Universidad de Cambridge. Allí, el ilustre catedrático, describe la perplejidad de un pobre egresado de economía que, enfrentado a la complejidad del mundo real, es incapaz de acomodar la diversidad de actividades industriales en las cajas rotuladas por la teoría y proceder a aplicarles las nociones sobre rendimientos, monopolios, competencia y demás almacenadas en su cabeza. No recuerdo los detalles de la polémica, en la que participaron economistas tan notables como Pigou y Robertson. Lo cierto es que me causó una enorme impresión que reforzó la antipatía con la



microeconomía que me habían inculcado ya los profesores marxistas y me puso al borde de renunciar a la carrera y dedicarme a la contaduría.

Por no existir vacuna conocida, el malestar regresa de tanto en tanto, como el resfriado. Lo he experimentado en mí y lo he visto en muchos—sino todos—mis amigos y colegas de profesión. Por eso no me sorprende, en lo absoluto, que Diego Fernando lo esté padeciendo; en un grado al parecer superlativo como quiera que lo ha llevado a abrir fuego contra todos sus colegas colombianos, a quienes sindicó —ni más ni menos—de ser responsables del mediocre desempeño de la economía colombiana en los últimos quince años, y contra toda la “economía convencional» incapaz de responder “la pregunta poperiana”, atrapada en la hipótesis insostenible del equilibrio general y atrasada en la incorporación del pensamiento sistémico. Aunque Diego Fernando es ingeniero de producción con formación —que él llama “deformación”: síntoma inequívoco del mal—de postgrado en economía y aunque trata a veces de tomar distancia hablando de “los economistas”, se muy bien que la flagelación que nos propina es también autoflagelación, pues su mente y su corazón son los de un economista, filiación que no puede evitar reconocer subliminalmente cuando habla de que “nos quedó grande la crisis del 98” y, especialmente, con su referencia al maestro de todos: el entrañable Chucho Bejarano. Por ello—sólo por ello—sentí la necesidad de, más que glosar o rebatir su artículo, compartir las reflexiones que me suscita: no para enseñarle cosas que se muy bien que él ya sabe; simplemente para hacerle sentir la compañía de un colega amigo mientras supera este episodio del malestar, ojalá creativamente y sin que se vea forzado a renunciar a la corbata y los zapatos.

*Tanto depende la economía de los economistas  
como el tiempo del los meteorólogos.*

Anónimo

Evidentemente los graciosos de todos los pelambres que se solazan a nuestras expensas con esa apostilla, no la utilizan para eximirnos de responsabilidad en las catástrofes sino para negarnos todo mérito en los éxitos de la economía. Así, en aplicación de la ley del embudo, la profesión resulta responsable de la debacle argentina al tiempo que no le cabe mérito alguno en el excelente desempeño de la economía chilena. Ni tanto honor ni tanta indignidad. Los hechos y resultados económicos son consecuencia de millones de decisiones tomadas por millones de agentes en un entorno determinado. Naturalmente, el economista, en su papel consejero, al que siempre ha aspirado, o de planificador central iluminado, aspira-

ción que lo asalta en sus sueños o, tal vez, pesadillas; tiene, cuando su consejo es seguido, alguna responsabilidad más o menos grande en la configuración de ese entorno y, en consecuencia, en los resultados de las decisiones tomadas por los agentes dentro del conjunto de posibilidades que ayudó a establecer.

Desde el nacimiento mismo de su disciplina, los economistas han tenido la pretensión de fungir como diseñadores y consejeros de políticas públicas. Probablemente esto es inevitable pues de toda visión de lo económico—uso el término en el sentido de Schumpeter—pareciera derivarse una norma de conducta a seguir por el Soberano. De la visión mercantilista se derivan, como corolarios evidentes, políticas sobre el arancel, las aduanas, la gestión de la moneda y muchas cosas más. La doctrina fisiocrática es el soporte de una teoría y una práctica del impuesto. Adam Smith concibió su obra como un manual de conducta para el uso del gobernante en el que le indicaban, especialmente en el Libro V, las áreas de la vida económica en las que le era dable intervenir y la forma más adecuada de hacerlo para no interferir nocivamente la gran rueda de la circulación. Casi la mitad de la obra fundamental de Ricardo, el más abstracto de los economistas clásicos, está dedicada al diseño de un sistema tributario óptimo y de una banca central independiente. Walras, quien distinguió cuidadosamente entre economía pura, economía aplicada y economía política, aconsejó la propiedad pública sobre los monopolios naturales y, ¡quién lo creyera!, abogó por medidas a favor de los pobres que hoy lo situarían a la izquierda de cualquier socialdemócrata. Incluso de la obra de Marx, aunque por obvias razones él jamás haya tenido ese propósito, pueden derivarse recomendaciones de política pública como, por ejemplo, el fomento estatal a la innovación para contrarrestar la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. Probablemente sólo los economistas libertarios, como Rothbard, renuncian de plano a dar al Soberano cualquier clase de recomendación para intervenir en la vida económica; excepto—quizás—la de hacerse el harakiri.

El sueño de convertirse en déspota ilustrado, planificador iluminado o dictador benevolente ha sido más infrecuente entre los miembros de la profesión, pero cuando se realizó resultó transformado en pesadilla. Aunque parezca increíble, fue en la obra de Walras donde los defensores de la viabilidad económica del socialismo—Oscar Lange, principalmente—encontraron la argumentación para oponer a la tesis de Mises según la cual el socialismo era inviable por la imposibilidad de cálculo económico al desaparecer los mercados. En efecto, de manera casi incidental Walras, después de explicar el proceso de tanteo que debe conducir a la formación de los precios que vacían los mercados, afirma que dicho proceso podría ser sustituido por la acción de un **empresario único** que, conocedor de todo el sistema

de ecuaciones de ofertas y demandas podría calcular el vector de precios no nulo que las equilibra. Lange formalizó el argumento hasta presentarlo como un teorema—que, con su nombre, aparecía en los manuales de microeconomía como el de Ferguson—estableciendo la equivalencia entre una economía de competencia perfecta y una de planeación centralizada. Ahora bien, la idea de que podían planificar una economía y regir su curso para evitar de esta suerte los males la inflación, el desempleo y todas las irracionalidades del mercado se apoderó de la mente de la inmensa mayoría de los economistas que se dedicaron con singular entusiasmo a la elaboración de planes y la construcción de macro—modelos. Sin duda alguna la desilusión frente al mercado—provocada por las hiperinflaciones de la primera posguerra mundial y, sobre todo, por la crisis de los años treinta—contribuyó a alimentar ese renacimiento del mito platónico del rey filósofo y al olvido de los viejos principios de la libertad de mercado, en cuya defensa durante largos años sólo se levantaron las voces o, mejor, las plumas solitarias de Hayek, Mises y otros pocos.

Durante el período comprendido entre el final de la segunda guerra mundial y, digamos, el comienzo de los años setenta fue muy considerable la incidencia directa de la tecnología económica de la planificación y del intervencionismo anticíclico en el manejo de los asuntos económicos desde el aparato de Estado. Evidentemente, la responsabilidad de aquellos economistas que, como consejeros o planificadores, participaron en el diseño de políticas o instituciones es imposible de soslayar. Con todo, esa responsabilidad tiene sus límites, en lo bueno y en lo malo. Me resulta imposible, por ejemplo, responsabilizar a personajes ilustres y bien intencionados como Libermann, Lange, Kalecki o Kantorovich de los horrores de la colectivización de la agricultura soviética o a Charles Bettelheim de los desastres de la revolución cultural china.

Pero subsiste aún la pregunta de si existe o no una especie de responsabilidad colectiva en la conducción y resultados de los asuntos económicos que conciernan a todos los miembros de la profesión e incluso, aunque suene un tanto extraño, a la disciplina misma. Esta pregunta antes de cualquier respuesta tajante precisa una reflexión sobre la forma en que se difunde el conocimiento económico y su incidencia en las decisiones colectivas.

Creo que fue Schumpeter—en su *Capitalismo, socialismo y democracia*—el primero en llamar la atención sobre la ignorancia de la mayoría de los ciudadanos—de toda condición económica y todo nivel educativo—en cuestiones de economía y política pública en general. (Hace solo unos días, por ejemplo, una encuesta reveló que el 70% de los colombianos no sabe qué es el TLC: ¡con los ríos de tinta y babas

que al respecto han corrido en los últimos meses!). Señalaba Schumpeter—como después lo harían Downs, Hayek y otros más—que eliminar o reducir esa ignorancia tiene un costo que probablemente no se justifica para la inmensa mayoría de las personas. En efecto, en las sociedades democráticas la participación de la mayoría de los ciudadanos se limita a depositar un voto en las elecciones periódicas. Por supuesto que para un ciudadano puede ser importante votar ilustradamente. Pero mientras más grande sea el tamaño del cuerpo electoral—menor, en consecuencia, la significación de voto individual—los costos de ilustrarse, de adquirir cultura política y económica, se hacen muy elevados en relación con el beneficio que puede derivarse de esa ilustración.

Comprar y leer periódicos y revistas; escrutar las propuestas y las hojas de vida de los candidatos; escuchar atentamente los noticieros y, ni se diga, leer libros de ciencia política y economía sólo para emitir informadamente un voto—¡uno entre millones!—cada dos o cuatro años exige una “virtud ciudadana” como la de Montesquieu o una disponibilidad ilimitada de tiempo como de la que se dice disfrutaban los ciudadanos esclavistas de las Polis griegas. Para la mayoría de los ciudadanos, que no están ni en una ni en otra condición, estar sumidos en esa “ignorancia racional”—como la denomina Downs—puede ser la mejor opción. No pretendo desvirtuar la importancia de que los ciudadanos tengan una cultura económica, jurídica, sociológica y política que fundamente su participación en democracia; sino evidenciar las enormes dificultades que supone su adquisición. Dejando de lado el pequeño porcentaje de quienes viven de ella (los políticos profesionales y los profesionales de las diversas disciplinas sociales), para la mayoría de las personas esa cultura ciudadana, por darle algún nombre, tiene todas las características de bien público en cuya producción no es rentable la inversión privada.

Pero incluso, quienes en definitiva toman las decisiones públicas, es decir, los políticos—y muchos de sus asesores economistas—suelen padecer, amén de cierto retraso frente al avance de los distintos saberes, de los sesgos del equilibrio parcial y la miopía temporal. Esto simplemente significa que, la mayoría de ellos, sólo vislumbra las consecuencias más directas y mediatas de las políticas públicas a la hora de tomar las decisiones. Cuando se otorga un subsidio a los cafeteros, un arancel proteccionista a los algodóneros o un alivio a los deudores morosos del crédito hipotecario es ostensible quién y cómo se beneficia. Eso es algo que se ve. Pero no vemos lo que habrían hecho los ahorradores con las rentas que les han sido esquilmadas, ni lo que dejan de producir los productores que deben pagar más caro su materia prima, ni lo que habrían hecho los consumidores con los ingresos que

forzosamente trasladan a los beneficiarios del subsidio. Eso no se ve porque no llega a ocurrir: son hechos económicos que se anulan porque son el costo de aquellos que si ocurrieron como consecuencia de las decisiones públicas. Costo de oportunidad, interdependencia, equilibrio general: ¡cuán difícil resulta hacer que estos conceptos sean tenidos en cuenta en las decisiones de política económica! Bastiat consagró a ese tema un célebre panfleto, *Lo que se ve y lo que no se ve*, cuya lectura es aún de gran utilidad. A la luz de lo anterior lo asombroso no sería tanto el que se tomaran decisiones colectivas desacertadas sino que, con mucha frecuencia, ocurra lo contrario.

Sin embargo, la economía ha existido y las economías concretas funcionaron durante siglos antes de que apareciera el primer economista. En el principio fue la acción. El ingreso de nuestra profesión al abigarrado universo de la división social de trabajo es relativamente reciente. Sin que les hiciéramos mucha falta, los fenicios crearon el comercio, los lidios inventaron la moneda acuñada, los lombardos descubrieron todos los secretos de la banca y los ingleses hicieron la revolución industrial. Si los economistas fuéramos necesarios para el funcionamiento de lo económico, ningún papel tendría la mano invisible.

En Colombia ocurrieron muchas cosas buenas y malas en la economía antes de que la profesión alcanzara un relativo grado de independencia y consolidación. A mi modo de ver la difusión del pensamiento económico racional con vocación de incidir en la orientación de la política se inicia en el país con la fundación de la revista *Estrategia* por Rodrigo Botero Montoya, el más insigne de los economistas colombianos. Desde entonces ha corrido mucha agua bajo los puentes y la disciplina ha progresado sustancialmente, al tiempo que ha crecido su grado de influencia en las decisiones públicas. No es cierto que se haga sólo macroeconomía. Basta revisar los índices de las publicaciones económicas del país—bastante numerosas—para ver que no es así. Quien se tome el trabajo de leer los títulos de los 266 estudios económicos publicados por el DNP en su colección *Archivos de Economía*, fundada por Carlos Esteban Posada en 1992, podrá constatar que cubren todos los campos imaginables de la investigación económica. No más de 30% de esos títulos caen dentro de la categoría de macroeconomía. Lo cual, dicho sea de paso, tampoco es algo que deba lamentarse.

Pero el avance de la disciplina y la indudable mejora en la cultura económica de los dirigentes políticos no es de por sí suficiente para evitar que se hagan tonterías en el manejo económico ni garantía de que se tomen las decisiones correctas. Lo que ha ocurrido—y lo que ha dejado de ocurrir—en el país en los últimos años en política pública, cambios institucionales y decisiones judiciales que

han incidido en la orientación de la economía y su desempeño, es el resultado de la acción de muchos actores sociales y grupos de interés. En lo bueno y en lo malo, los economistas tenemos nuestra cuota de responsabilidad, pero atribuirnosla toda es desconocer la complejidad de proceso de elección colectiva y minimizar el efecto, evidentemente mayor que cualquier política pública, de los millones de decisiones que se toman en la órbita privada por millones de agentes económicos.

Una sociedad—como decía Rawls—es una empresa cooperativa para obtener beneficios comunes y se caracteriza tanto por la identidad como por el conflicto de intereses. En principio, todos estamos de acuerdo con la búsqueda del bien común; el conflicto aparece a la hora de llenar de contenido esa expresión y de distribuir los beneficios de la cooperación. El Estado es la instancia en la que se toman las decisiones colectivas y el instrumento para su ejecución. Desde la administración Barco el país se debate en la búsqueda de un consenso sobre el deber ser del Estado y esto, naturalmente, lleva aparejado un replanteamiento de la orientación de la economía. La Constitución del 91 no puso término a esa búsqueda; por el contrario, al fragmentar el poder público, la hizo más incierta. Todo ello, creo, ha contribuido a que el proceso de decisión colectiva en Colombia sea aún más complejo y contradictorio.

El trabajo de la mayoría de los economistas se limita a dos cosas: imaginar lo que ocurre en un sistema o una estructura como consecuencia de un impacto exógeno y hacer recomendaciones sobre el diseño de tales sistemas o estructuras. Economía “positiva”, lo primero; economía “normativa”, lo segundo. En uno y otro caso debemos actuar a la vez con humildad, pues es bien poco lo que sabemos, y con orgullo, porque es bastante más que lo que saben o creer saber nuestros críticos.

Lo primero se confunde a menudo con la predicción. La gente demanda predicciones: no se conforma con conjeturas razonables, que es todo lo que podemos ofrecer los economistas. Como hay que subsistir, caemos en la tentación y terminamos por creer que en efecto podemos predecir y que ese es el objeto de nuestra disciplina. El refinamiento matemático de los modelos, la disponibilidad de información y la capacidad de procesamiento de los computadores han llevado a una sobre estimación del supuesto poder predictivo de los instrumentos que nos ayudan a ilustrar o, si se prefiere, a refinar nuestras conjeturas. Por mi parte creo que la predicción económica es a la economía lo mismo que la astrología es a la astronomía. En alguna parte leí que Kepler, en la época en que formulaba sus célebres leyes sobre el movimiento planetario, se ganaba la vida haciendo cartas astrales.

Naturalmente las limitaciones en el campo de lo “positivo” se trasladan sin solución de continuidad al terreno de lo “normativo”. Los economistas pueden recomendar y de hecho recomiendan muchas cosas. Existe también una demanda social importante de este producto, para nuestra fortuna. Cuando se trata de mercados particulares y de horizontes temporales razonables, el instrumental del que disponemos nos permite competir muy solventemente con los profesionales de otras disciplinas. Otra cosa son las predicciones de largo plazo o las recomendaciones para llegar al paraíso. La economía ha renunciado tanto al historicismo como a la ingeniería social totalizante—o, ¿totalitaria?—. Ignoramos la fórmula mágica del progreso. Al respecto, probablemente nunca podamos ir más allá de la hermosa divisa con la que Rudiger Dornbusch tituló su último libro: Las claves de la prosperidad: mercados libres, moneda sana y un poco de suerte.

*Ninguna otra ciencia sino la Economía  
ha sido criticada por sus propios  
servidores de forma tan abierta y tan incesante.*  
Nicolas Georgescu-Roegen

La segunda parte del artículo es un desfogue contra los fundamentos mismos de la disciplina: los economistas viven en el mundo idealizado del equilibrio general que nada tiene que ver con la realidad, son prisioneros de la matemática y la mecánica newtonianas y han sido incapaces de apropiarse del pensamiento sistémico. Estas son palabras mayores.

Confieso que me es difícil entender lo que quieren decir los críticos de la economía cuando nos reclaman por nuestra ignorancia del pensamiento sistémico. En ocasiones me parece que aluden a la Teoría General de Sistemas de Bertalanfy, con su pretensión de integrar las ciencias sociales y naturales tomando la biología como eje articulador. Keynes decía que un buen economista debía tener, además de los económicos, amplios conocimientos de historia, ciencia política, filosofía, matemáticas y estadística. Si a esto hay que añadir la biología, la física, la química y, sabe Díos, qué más, nuestra profesión sólo quedará al alcance de eruditos renacentistas.

Y fue un erudito renacentista perdido en el siglo XX, el economista rumano Nicolas Georgescu-Roegen,—quien en los años setenta propuso a la profesión un enfoque biológico—evolutivo en su obra *La ley de la entropía y el proceso económico*. Georgescu-Roegen no es—no era, mejor, falleció en 1994—ningún francotirador despistado, como Veblen o el inefable Galbraith. Alumno de Schumpeter y

partenario de Samuelson, Leontief y Koopmans, con quienes trabajó en programación lineal y equilibrio general, era un conocedor profundo del núcleo duro del paradigma que puso en cuestión, hasta el punto que, a juicio de muchos economistas, tenía merecimientos suficientes para ganar el premio Nobel como sus colegas mencionados.

A pesar del respeto y admiración que su obra suscita, su influencia en la disciplina es aún limitada. Sus partidarios han formado capilla y, más que desarrollar su pensamiento, lo han convertido en objeto de culto y base de una especie de ecologismo anticapitalista hirsuto. Sin duda alguna Georgescu-Roegen es merecedor de una mejor suerte; porque era un verdadero científico—no un predicador—y, sobre todo, porque sus tesis representan en el plano epistemológico el cuestionamiento más radical que se haya formulado en el siglo XX al pensamiento económico ortodoxo. Más que las de Keynes o Sraffa, por ejemplo, quienes, a fin de cuentas estaban dentro del paradigma, probablemente a su pesar.

Y esto me lleva al punto central de mi alegato: el significado del equilibrio general. Al respecto se deben distinguir tres cuestiones, a saber: la noción misma de equilibrio general, el problema de la existencia y estabilidad de los precios de equilibrio y el uso de los modelos computacionales con soluciones de equilibrio.

Empecemos por la primera cuestión, planteando la tesis de un modo radical: lo que hace que las obras y el pensamiento de personajes tan diversos, tan distantes en sus visiones y tan separados en el tiempo como Smith, Marx, Walras, Schumpeter o Debreu puedan considerarse como partes de esa unidad que llamamos ciencia económica o, si se prefiere, lo que los convierte en colegas—en economistas—es la noción de equilibrio general. Nadie ha formulado tan sintética y adecuadamente como Arrow el significado de esta noción y lo que representa para nuestra disciplina:

La noción de equilibrio [...] era familiar en la mecánica mucho antes de la publicación de *La Riqueza de la Naciones* en 1776, y con ella la noción de que los efectos de una fuerza pueden destruirlo [...], pero no es evidente que Smith haya obtenido sus ideas de alguna analogía mecánica. Cualquiera que sea la fuente del concepto, la noción de que un sistema social movido por acciones independientes en búsqueda de valores diferentes es compatible con un estado final de equilibrio coherente, donde los resultados pueden ser muy diferentes de los buscados por los agentes; es sin duda la contribución intelectual más importante que ha aportado el pensamiento económico al entendimiento general de los procesos sociales

Lo que hace interesante y divertida la economía—como gustaba decir Juan Luis Londoño— es la idea de equilibrio general. La idea de que una sociedad integrada por los carniceros, cerveceros o panaderos de Smith, que solo actúan en



consideración de su propio interés; o—para expresarlo en los términos de Marx— por productores privados, independientes y especializados—ávidos de plusvalía— que toman sus decisiones sin ajustarse a ningún plan o propósito global previamente definido no es caótica, sino que, por el contrario, alcanza una configuración en que la cual son compatibles la multiplicidad de propósitos y estrategias individuales, es a la vez sorprendente y fascinante. La idea contraria es aburrida y desprovista de todo interés. Piénsese, por ejemplo, en la economía de un monasterio medieval. Si todos los monjes se ajustan a los mandatos del Abad y cumplen, como es debido, la regla de San Benito, valiente gracia, como diría Gustavo López, que al final de cuentas, salvo desastres naturales, alcancen el objetivo común. Pero hay que admitir que, como el socialismo, la economía del monasterio puede resultar interesante y divertida para aquellos que tienen vocación.

No es el momento de hacer una historia del equilibrio general que viene a ser lo mismo que una historia de la disciplina. En la obra de Arrow y Hahn, *Análisis general competitivo*, se encuentra una, sucinta y completa a la vez. La de Schumpeter, en su *Historia del análisis económico*, es más amplia y detallada, pero incompleta, pues no alcanza a dar cuenta—no vivió lo suficiente para conocerla— de la solución Arrow-Debreu y otras contribuciones más recientes. Lo que quiero dejar establecido es lo siguiente: pedirnos a los economistas que renunciemos a la noción de equilibrio general es tanto como pedirle a los católicos que renuncien al *dogma* de la trinidad sin dejar por ello de ser católicos. Y hago esta analogía deliberadamente, conciente de que con ella introduzco un elemento que, aparentemente, debilita mi discurso dando a mis eventuales antagonistas, no un contra argumento pero si, una oportunidad de burla. Sea. La noción de equilibrio general, como debe ser ya evidente para cualquier lector atento, lleva necesariamente aparejada *la hipótesis* o, si se prefiere, *postulado*, de racionalidad: renunciar a la primera es renunciar a la segunda.

La economía es, ante todo, una ciencia teórica de la conducta humana, como lo quiso recordarnos Mises titulando su obra magna como: *La acción humana*. Como toda ciencia teórica, la economía, está forzada a partir de postulados o axiomas. El hombre económico, el hombre racional, esa entidad abstracta que tanto mortifica a los antropólogos, sociólogos e historiadores es el postulado fundacional de nuestra disciplina. El padre de la economía política, como lo señalara Bertrand de Jouvenel, en su admirable tratado *De la soberanía*, no es Smith, sino Hobbes; quien formuló el axioma con una limpieza y una soberbia inigualables:

Aunque un hombre pueda leer a otro por sus acciones, de un modo perfecto, sólo puede hacerlo con sus circundantes, que son muy pocos. Quien ha de gobernar una

nación entera debe leer, en sí mismo, no a este o aquel hombre, sino a la humanidad, cosa que resulta más difícil que aprender cualquier idioma o ciencia; cuando yo haya expuesto el resultado de mi propia lectura, los demás no tendrán otra molestia sino la de comprobar si en sí mismos llegan a análogas conclusiones. Porque este género de doctrina no admite otra demostración.

La hipótesis del hombre económico ha sido criticada porque supuestamente excluye de los móviles de la conducta humana valores como el afecto, el civismo, el amor a la patria y otros que sin duda alguna inciden en el comportamiento de los hombres. La asimilación del hombre económico con el egoísta rampante es una caricatura. En el primer párrafo de la *Teoría de los sentimientos morales* de Smith se lee: "Por más egoísta que se pueda suponer al hombre, existen evidentemente en su naturaleza algunos principios que lo hacen interesarse por la suerte de otros, y hacen que la felicidad de éstos le resulte necesaria, aunque no derive de ella nada más que el placer de contemplarla"

Modernamente ha sido Gary Becker quien con mayor solvencia ha tratado el tema, en su encantador libro, *Tratado sobre la familia*. Nada impide considerar dentro de los argumentos de la función de utilidad de cualquier individuo, además de las mercancías que se compran en los mercados y que producen una utilidad directa, otras que se producen a partir de estas y con el empleo de otros recursos: los hijos, el prestigio, la salud, el altruismo, la envidia y todos los demás placeres de los sentidos de los que hablara Bentham.

La segunda cuestión tiene que ver con la existencia del equilibrio, es decir, de un conjunto de precios para los cuales los excesos de demanda son nulos en todos los mercados. Este es el problema fundamental de la teoría económica y tiene dos aspectos, a saber: la existencia misma del equilibrio y su estabilidad. La solución más rigurosa del primero, aunque insatisfactoria bajo muchos aspectos, es la de Arrow-Debreu, formulada en los años cincuenta. Frente al segundo las respuestas son muy precarias.

Ahora bien, el hecho de que una ciencia no tenga todas las respuestas a todas las preguntas no la invalida como ciencia. No creo que la física, la biología o las matemáticas tengan todo resuelto. A lo mejor la naturaleza de la ciencia es justamente la contraria. Mi maestro Carlo Benetti solía decir: si la solución a un problema no lleva a la formulación de un nuevo problema muy seguramente esa solución está equivocada.

Una cosa es el problema teórico de la existencia del equilibrio; otra el de si en los mercados concretos llegan a formarse precios que los vacían. No me cabe la menor duda de que en análisis de equilibrio parcial de mercados concretos podemos

llegar a estimaciones bastante adecuadas de los precios de equilibrio. Los participantes habituales de cualquier mercado saben en todo momento cuáles son los precios “normales” y actúan en consecuencia cuando perciben o anticipan desviaciones “anormales”.

Ahora bien, probablemente ninguna economía concreta haya llegado—ni pueda llegar jamás—a una situación de equilibrio general. Esto significaría ni más ni menos que las funciones de utilidad y de producción de todos los agentes están dadas y no cambian por ninguna razón. No es imaginable que en la «vida real» esto pueda ocurrir al menos por un instante, a pesar de que sea uno de los supuestos que debemos hacer para aproximarnos a la solución teórica del problema de la existencia, ya mencionado. Schumpeter, probablemente el más grande teórico de la economía dinámica, introdujo la noción de “vecindad del equilibrio”, para definir al mismo tiempo estado de la economía hacia el cual se tendía durante el proceso de incorporación de las innovaciones y el estado a partir del cual arranca una nueva oleada de innovación. Nunca me ha parecido que la dinámica schumpeteriana sea contradictoria con la noción de equilibrio general.

Y llegamos a la última de las tres cuestiones. Como hemos admitido que los mercados concretos a lo sumo se acercan a las «vecindades del equilibrio» y que nuestras técnicas sólo nos permiten obtener estimaciones, no de los verdaderos valores—que sólo los conoce Dios—sino, de los valores de vecindad, entonces ¿por qué insistimos en usar modelos de equilibrio general?

La respuesta es muy simple: porque no tenemos más. Es decir, porque son los únicos instrumentos de que disponemos para tratar de ilustrar y poner de forma rigurosa las conjeturas sobre la economía que se derivan de nuestra forma de enfocar las cosas. Nadie es más consciente de las limitaciones de esos modelos que quienes los diseñan, calibran y estiman. Carlos Eduardo Vélez decía que esos modelos son como troncos o pedazos de madera con los que, cuando es necesario, nos ayudamos para atravesar un río. Naturalmente, existe la alternativa de caminar sobre las aguas y aunque algunos economistas con frecuencia lo intentan, la mayoría preferimos nadar pegados de la tablita del equilibrio general.